

El precio de pertenecer

Europa en crisis de crecimiento político

Raúl González Fabre, s.j.*



TRIBUNA CAMPECHE

Cambios y reajustes políticos están aconteciendo en los países europeos. Algunos de estos tendrán sus efectos en la Unión Europea y en la economía global

Tenemos una economía global, con los mercados fundamentales mundializados, pero carecemos de instituciones políticas de la envergadura suficiente para embridar la competencia en esos mercados de manera que sirva a los propósitos sociales y medioambientales de la Humanidad. El Estado nacional constituye una institución política del todo insuficiente para ese propósito, porque no es del tamaño preciso. Puede elegir fracasar económicamente, pero no puede imponer eficazmente reglas a los agentes en los mercados, porque estos tienen una capacidad de maniobra global de que los Estados carecen.

Los Estados que no han elegido fracasar intentan que las empresas privadas de su nación vendan y se extiendan en los mercados globales; quieren atraer inversiones y negocios a sus países; presentan su territorio como destino deseable a turistas y profesionales capacitados... En fin, procuran que la sociedad nacional tenga éxito en la competencia de los mercados globales. No tanto poner reglas a los mercados, sino navegar la competencia global lo mejor posible.

Solo los grandes Estados pueden aspirar a influir en las reglas de la competencia económica global: Estados Unidos, China, Japón... y Europa. Europa está formada por dos docenas de Estados medianos y pequeños, cuya unión apunta precisamente a formar un solo mercado (libertad de movimientos de capitales, empresas, mercancías y personas) sobre el cual puedan establecerse políticamente reglas comunes, sin que quepa buscar reglas más "favorables" en el país de al lado.

Ello requiere una cesión importante de soberanía nacional. Tal cesión está a medio hacer porque el proceso de la Constitución europea fracasó y fue sustituida por el Tratado de Lisboa. Sin embargo, grandes proyectos en marcha como el *greening* de las economías europeas, o las exigencias del Banco Central Europeo (BCE) a las instituciones financieras de la zona euro para que el sector cubra sus propias crisis sin emplear dinero de los contribuyentes, muestran que la cesión de soberanía ha venido ocurriendo.

El cartel electoral del United Kingdom Independence Party, euro-escéptico, ganador de las elecciones europeas y ahora del Brexit, muestra que ello se extiende mucho más allá de los grandes proyectos continentales. Incluso estando fuera del euro y del Espacio Schengen sobre movilidad de las personas, el afiche afirma que el 75 % de las normas del Reino Unido son transposiciones de directivas europeas. Y es lógico: si no eres China ni Estados Unidos, y sin embargo pretendes imponer reglas a los mercados globales, no puedes pretender al mismo tiempo mantener la vieja nación soberana. La única manera de ser más grande es dejar de ser pequeño. Si no, acabas siendo lo que Daniel Bell ya había dicho en 1972: un Estado “grande de más para las cosas pequeñas, y pequeño de más para las cosas grandes”.

Evitar el ser ‘pequeños de más para las cosas grandes’, es el propósito último de la Unión Europea. El pésimo manejo de la crisis de los refugiados (que es una cosa grande) muestra que el propósito no se ha alcanzado todavía. Pero el creciente poder del BCE sobre los bancos de la zona euro muestra que hay un real movimiento para ponerle dirección política a la economía financiera (lo que también es una cosa grande).

DESAFECCIÓN DE LARGO PLAZO

Una Unión de Estados para embridar políticamente las fuerzas económicas globales, no es

un concepto obvio para el imaginario de las poblaciones. En algunos países como España está en el ADN cultural del país, porque llevamos desde Carlos III (siglo XVIII) queriendo ‘incorporarnos a Europa’. Pero en otros países, como la Gran Bretaña, es al revés: Europa es sentida históricamente mucho más como una amenaza que como una aspiración (Felipe II, Napoleón, Bismarck, Hitler...). Lo mismo ocurre en muchos países del Este de Europa, que están en la Unión desde hace poco.

Para crear la ciudadanía europea en todo el continente, es preciso también construir la adhesión subjetiva dentro de los ciudadanos. No basta con un propósito económico bien trazado e históricamente correcto (de hecho, la única alternativa realista frente a mercados globales, si uno no quiere obedecerles al 100 % o hundirse). Ni basta con una legislación común en muchos aspectos, orientada a las mismas reglas para todos independientemente de su nacionalidad. Hay que atender también a lo subjetivo.

Esto se ha hecho, pero solo en parte. El programa Erasmus, por ejemplo, ha permitido a cientos de miles de estudiantes universitarios europeos estudiar un curso en otro país (y beber cerveza, ir a conciertos, enamorarse... todas esas cosas que uno hace a los veinte años). No en vano lo más llamativo del referéndum británico es que quedarse en la Unión ganó por mucho entre los jóvenes, y perdió por mucho entre los ancianos.



METRO.CO.UK

Sin embargo, por lo que hace al Estado, la clave de la construcción de la subjetividad se encuentra en la escuela primaria y secundaria, donde los muchachos son demasiado jóvenes para intercambios internacionales. Como la escuela predique “la patria”, y esta no sea Europa, ya tenemos un problema: construimos un Estado europeo sobre una ciudadanía europea legalmente real pero subjetivamente débil. Gigante con pies de barro.

La escuela en Europa tiende a ser poco patriótica, y en ese sentido a hacer poco daño, pero hay excepciones que algunos políticos nacionales o regionales fomentan porque constituyen la base de su poder. En la escuela inglesa se aprende a ser inglés antes que nada, en la catalana a ser catalán, en la polaca a ser polaco... No son muchas pero tampoco resultan anecdóticas: corresponden al propósito de que la primera fidelidad subjetiva de los jóvenes sea a la nación o región cuya organización política me tiene al mando, que es precisamente el territorio cuya educación controlo y puedo definir.

Eso constituye una gran ceguera histórica, porque fragmenta la Unión Europea desde dentro de sus ciudadanos, debilitando el único instrumento que tenemos para intentar cierto dominio sobre las dinámicas económicas globales. Es insensato, pero existe en algunas zonas del continente.

DESAFECCIÓN A CORTO PLAZO

Y en esto viene la crisis. La primera urgencia en todas partes fue evitar un desplome en cadena de las finanzas globales tras la caída de Lehman Brothers (septiembre 2008). Sobre ello no había opción, porque las finanzas constituyen el corazón de la economía globalizada. Si el corazón se para, se muere la economía real muy deprisa.

Pero a medio plazo, la crisis podía abordarse de dos maneras: (1) Una ‘neokeynesiana’, al estilo de la Reserva Federal Americana bajo Bush II y bajo Obama (que en este aspecto siguieron básicamente la misma política): estimular la economía emitiendo el dinero necesario para mantener el desempleo bajo y las empresas rodando, con la esperanza de que en un momento dado arranque por sí misma. (2) Otra que podríamos llamar (mal) ‘neoliberal’, que coloca por delante la salud de las finanzas públicas (limitar el gasto público, aunque sea con importantes recortes de servicios) en la esperanza de que una macroeconomía ‘sana’ dará al sector privado la seguridad suficiente para invertir sin estímulos. Esta es la línea que siguió el BCE hasta hace un par de años (ahora con Draghi se encuentra más bien en un terreno medio).

La discusión teórica entre partidarios de una u otra política económica es interesante, pero



TRIBUNA CAMPECHE

aquí miraremos solo un aspecto práctico: ¿podía la Unión Europea seguir la misma línea que los americanos desde el principio? Y la respuesta es: no podía políticamente. La razón es que ello hubiera requerido reglas nuevas del juego de las finanzas públicas, que no son compatibles con una unión de Estados finalmente soberanos en todo lo que no hayan cedido ya esa soberanía, o sea, en cualquier cosa nueva.

Una política expansiva como la americana implica importantes transvases de riqueza de unos grupos sociales a otros, de unas regiones a otras. Unos pagan más para que otros reciban. Por ejemplo, se mueve dinero de Virginia para paliar la crisis en Michigan. Eso puede hacerse porque hay un mismo gobierno nacional en Michigan y Virginia. Es mucho más difícil mover recursos no previstos de antemano de Alemania a Portugal, porque constituyen dos naciones soberanas. En la medida en que lo haces, los nacionalistas crecen en el Bundestag (lo que en efecto está pasando). La bandera nacionalista significa realmente “lo nuestro para nosotros”: es necesariamente una bandera anti-europea.

La crisis ha generado así una fuerte desafección en muchos lugares: en los países (más) ‘pobres’, porque “Europa no nos ayuda”, sino que tenemos que pasar la crisis ahorrando nosotros solitos, o sea con recortes de lo que el Estado nacional provee. Y en los países ‘ricos’ porque “Europa nos roba” llevándose nuestro dinero para financiar a los vagos e indisciplinados del sur y del este del continente.

En realidad, los transvases son más bien pequeños en montante. El presupuesto de la Unión Europea constituye algo más del 1 % del PIB del continente, mientras que los Estados nacionales tienen presupuestos del orden del 45 % del PIB de sus países. Los planes de rescate de Grecia (fallido hasta el momento), Portugal e Irlanda (exitosos hasta el momento) y de la banca española (ya culminado con razonable éxito) e

italiana (por venir muy pronto) añaden algo al monto, pero nada en realidad que Europa no pueda permitirse.

CONSECUENCIAS POLÍTICAS Y MENTIRAS DE BASE

Ahora bien, con transvases no muy grandes, puede hacerse gran demagogia en los países ‘ricos’. Y con el hecho de que no son muy grandes (en el caso de los rescates, asociados a condiciones exigentes de déficit que se concretan en bajas significativas de gasto de los respectivos Estados) puede hacerse gran demagogia en los países (más) ‘pobres’. La conclusión es la misma en ambos casos: Europa no sirve de nada, volvamos a los Estados nacionales de toda la vida.

Y eso ha venido pasando: populismos muy variados (de izquierda o de derecha según los lugares) han crecido electoralmente en casi todos los países, acercándose al gobierno en muchos de ellos con la promesa de más gasto del Estado para el pueblo. Si eso significa más déficit, sea. Si el BCE se opone, nos salimos del euro y cubrimos el déficit imprimiendo nuestra propia moneda. Y en el extremo, si la Unión Europea se opone, nos vamos de ella o bien la tomamos desde dentro y hacemos una “Europa de los pueblos”, “Europa de las patrias”, o como se quiera llamar, reducida al libre comercio con Estados totalmente soberanos.

Esa es la gran mentira de base. Lo que resulta de renunciar al proyecto político de Europa no es ninguna “Europa de los pueblos” o “de las patrias” o de las “patrias para el pueblo”. Es una “Europa de los mercaderes”, donde los grandes agentes de los mercados tendrán extremadamente fácil dominar a pequeños y medianos Estados, llevándose el dinero al vecino si no les gustan las condiciones que el líder patriótico y/o popular quiere poner en su terruño. Eso lo vio clarísimo Tsipras, que ganó un referéndum para rechazar las exigentes condiciones de Europa en el tercer intento del rescate griego, y exactamente el día después de ganarlo, actuó como si lo hubiera perdido. Las banderas llegan hasta donde llegan.

Lo mismo está ocurriendo con el Reino Unido. En uno de los gestos más sonoros de dispararse en el pie que se hayan visto en la historia, votaron el Brexit un jueves, y el viernes ya predominaban los lamentos por haberlo ganado. Cameron tonto con balcones a la calle, el partido conservador dividido por mitades, Corbyn censurado por los laboristas por tibio respecto a Europa, la libra cayendo a plomo, los jóvenes británicos buscando un antepasado irlandés por las mismas razones que los argentinos buscan un abuelo italiano, el Reino Unido queriendo renegociar con la Unión alguna forma de “virgencita que me quede como estoy”, Escocia viendo cómo se queda en Europa, etcétera.

EL CAMINO ADELANTE

El Brexit no es un desastre tan grande como parece para Europa, porque vino a anular un desastre mayor. En la Cumbre Europea de febrero, se acordó conceder al Reino Unido que redujera los servicios sociales a ciudadanos de la Unión Europea, para facilitar a Cameron una herramienta para promover la permanencia. Era la primera vez que se cambiaban las reglas para hacer a la Unión Europea menos unión política. Los ciudadanos europeos, independientemente de su nacionalidad, ya no serían iguales frente a cualquier Estado nacional de la Unión. Ya no lo iban a ser frente al Estado británico, y correlativamente, tampoco los ciudadanos británicos serían iguales frente a los demás Estados europeos. Eso sí es ir para atrás.

Pero afortunadamente no funcionó. No hay unión europea a la carta, en que si algo que mi país ya firmó no me gusta, amenaza con irme y me lo quitan. Si cedes soberanía, la cedes; si quieres recuperarla, te vas. Ahora es más difícil que la construcción europea retroceda políticamente: ello evita soluciones semejantes con Holanda, Italia y cualquier otro que quiera amenazar. La postura predominante, encabezada por Juncker y Hollande, suscrita por Merkel, Renzi y Rajoy, fue magníficamente formulada por el mismo Juncker, presidente de la Comisión Europea: “Out is out”.

La crisis ha golpeado a Europa antes de que tuviera los instrumentos políticos continentales suficientes para afrontarla bien. Llega el terremoto, y la casa la tenemos a medio hacer, cubierta de andamios, con vigas maestras faltantes y cimientos no bien fraguados. Otra cosa hubiera sido si a comienzos de la década del 2000 se hubiera aprobado la Constitución europea.

Pero eso no quita razón de ser a la casa. En algunos aspectos, el fracaso en la prueba de la crisis es sonoro; en otros, el mismo terremoto está llevando a considerables avances, por ejemplo en normas bancarias en la zona euro (que con la salida del Reino Unido pasa a ser prácticamente toda Europa), en la adopción de líneas de política económica comunes (aunque otras fueran mejores: pero solo con ser comunes entre 27 países, ya es mucho), en la solidaridad continental de los planes de rescate...

El camino populista-nacionalista es obviamente absurdo. Si de niños nos está pegando una mala pulmonía, no nos hacemos más resistentes volviendo a bebés sino haciéndonos adultos. Más Europa, más fuerte políticamente, más capaz de redistribuciones económicas, con más reglas y políticas comunes, es la salida. Queda mucho por hacer, pero importa moverse en la dirección correcta, no en la opuesta. Extrañamente, el Brexit ayudará a ello.

*Doctor en Filosofía.